

*Las grandes epidemias
en la temprana Edad Media y su proyección
sobre la Península Ibérica*

PABLO FUENTES HINOJO *

El presente trabajo pretende aproximarse al estudio de las epidemias como fenómeno histórico ligado a la realidad social de las poblaciones mediterráneas, durante los siglos de transición al medievo.

Aunque, como veremos, es posible hablar de un antes y un después de la época de Justiniano I (527-565) en lo referente al tema que nos ocupa, no nos ceñiremos con exclusividad al análisis del mismo en los siglos VI al VIII, ya que resultaría imposible comprender el alcance que tuvieron las epidemias en este período, sin efectuar previamente una valoración sobre su transcendencia en el solar del Imperio Romano, desde los días de Marco Aurelio (161-180).

La Península Ibérica no permaneció ajena a lo que ocurría en su entorno. Antes bien, sufrió los azotes con violencia; aunque la escasez de fuentes hace difícil estimar la proyección real de éstos con anterioridad a la primera década del siglo V. Sin embargo, a partir de dicho momento no sólo resulta factible evaluarla, sino que se impone la necesidad de integrar su estudio en el marco común mediterráneo.

LAS PLAGAS DE LA CRISIS DEL ALTO IMPERIO ROMANO.
SIGLOS II Y III

El mundo clásico greco-romano no pudo ignorar la realidad cotidiana de las enfermedades epidémicas. Ya Tucídides, el célebre historiador ateniense del siglo

* Universidad Complutense. Madrid.

V a. C., nos ha transmitido un relato pormenorizado de la plaga que se abatió sobre todo el Atica de 430 a 426 a. C.¹.

La literatura latina, y, en especial, el género histórico, contiene datos de índole semejante sobre otros golpes, que afectaron al ámbito dominado por Roma en tiempos de la República y del Alto Imperio. Algunos de estos relatos nos han llegado de la mano de Tito Livio, Tácito, Suetonio o Flavio Josefo, por mencionar únicamente a los más destacados².

Con todo, la mayor parte de esas plagas se mantuvieron restringidas a áreas geográficas muy concretas y su duración temporal no fue demasiado prolongada, con excepción de ciertos casos; por lo que, a lo sumo, fueron el detonante de una crisis de tipo coyuntural. Son estos los elementos que marcan la diferencia con respecto a los largos ciclos epidémicos, que encontraremos a partir del último tercio del siglo II actuando, no sólo en las márgenes del Mediterráneo, sino también en zonas del interior de Europa, Africa y Asia.

La primera gran plaga, de la que tenemos noticia, data de la época de Marco Aurelio. Procedente de la Partia de los Arsácidas, la epidemia, contraída por las tropas romanas durante el asedio de Seleucia en el verano de 165, penetró en el Imperio de la mano del ejército victorioso, que retornaba para celebrar su triunfo. El mal se extendió por las provincias orientales antes de llegar a Italia. En Roma provocó la muerte de miles de personas en el otoño de 166; y otro tanto acaeció entre los contingentes militares acantonados en los cuarteles de invierno de la frontera reno-danubiana³.

Durante las siguientes dos décadas esta epidemia continuó causando estragos. Incluso se llegaría a atribuir la muerte del emperador Marco Aurelio a sus efectos⁴. En 188/189, bajo el reinado de Cómodo (180-192), se produjo un virulento rebrote en la ciudad de Roma, del que nos han dejado constancia Dión Casio y Herodiano. La plaga, que incidió sobre una población hambreada a causa de la especulación y acaparación de los suministros estatales de cereal panificable, se llegó a cobrar hasta 2.000 víctimas diarias en su período álgido⁵. Tras esta calamidad, no se tiene noticias sobre grandes epidemias hasta mediados del siglo III.

¹ TUCIDIDES: *Historiae*, II, 47-54; III, 87, ed. Teubner, Leipzig, 1933.

² TITO LIVIO: *Ab urbe condita*, V, 13, 4-6, ed. Loeb classical Library, Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968; TACITO: *Annales ab excessu divi Augusti*, XVI, 13, 1-2, ed. Loeb, 1969; SUTONIO: *Nero*, 39, 1, ed. Loeb, 1970; FLAVIO JOSEFO: *De bello iudaico*, VII, 17, ed. Teubner, 1985.

³ SHA, *Vita Marci*, XIII, 3-6, ed. Loeb, 1968; SHA, *Vita Veri*, VIII, 1-4; AMIANO MARCELINO: *Rerum Gestarum*, XXIII, 6-4, ed. Loeb, 1971; OROSIO: *Historiarum adversus paganos*, VII, 15, 5; 27, 7, ed. CSEL, V, pp. 1-160; EUTROPIO: *Breviarium*, VIII, 12, 2, ed. MGH, AA, II.

⁴ SHA, *Vita Marci*, XXVIII, 4-8.

⁵ HERODIANO: *Ab excessu divi Marci*, I, 12, 1, ed. Teubner, 1922; DION CASIO: *Historia Romana*, LXXII (LXXIII), 14, 3, ed. Loeb, 1961.

Un golpe devastador conmovería de nuevo al Impero bajo Treboniano Galo (251-253). El joven Hostiliano, hijo del difunto emperador Decio, con quien compartía el poder Galo, fue con bastante seguridad una de las víctimas de este azote⁶. La epidemia se propagó por todo el Imperio durante el año 252. Dionisio, obispo de Alejandría, y Cipriano, su colega de Cartago, ambos contemporáneos del suceso nos han transmitido sendos relatos sobre los efectos del golpe en dos de los mayores centros urbanos del mundo mediterráneo de la época⁷.

Aunque en el otoño de 253 la epidemia comenzó a remitir, aún se producirían rebrotes a nivel local y regional durante más de dos décadas. Entre los más destacados cabría incluir el que afectó al ejército de Valeriano (253-260), en marcha a través de Mesopotamia, antes de su derrota por el monarca sasánida Sapor I (241-243)⁸. Tras la captura de Valeriano una epidemia asoló Acaya y Roma⁹. Unos años después, durante el reinado de Claudio II el Gótico (268-270), tribus bárbaras cruzaron el Danubio, huyendo de una epidemia, que introdujeron en el Imperio. Las incursiones marítimas que estos mismos godos y escitas efectuaron contra las islas de Chipre y Creta, favorecieron la propagación del mal por las costas de Egeo. El propio emperador sería víctima de la peste en *Sirmium*¹⁰. Otro caso parecido se dio en 276, cuando el ejército de Florianio, que intentaba cortar los pasos del Tauro a las tropas de Probo, se vio atacado por una plaga que devastaba Cilicia¹¹.

Pasarán treinta y ocho años antes de que nuestras fuentes vuelvan a hacer mención de una epidemia importante. Eso no quiere decir que no hubiese desastres locales u ocasionales. Así, hacia 297, Arnobio señala que, entre las calamidades que los paganos atribuían a la impiedad de los cristianos, se hallaban las enfermedades epidémicas¹². Pero fue la plaga que se extendió por las provincias orientales en 312, la que realmente revistió caracteres dramáticos, como no se recordaban desde los días de Treboniano Galo.

Las malas cosechas de 311, la sequía de aquel otoño y el hambre que las siguió de cerca, prepararon el camino al advenimiento de una nueva epidemia, que causaba

⁶ EUTROPIO: *Brev.*, IX, 5; Zosimo: *Historia Nova*, I, 26, 2, ed. Teubner, 1887; AURELIO VICTOR: *Historiae Abbreviatae*, XXX, 2, ed. Les Belles Lettres, París, 1975.

⁷ CIPRIANO DE CARTAGO: *De mortalitate*, ed. J. Campos, *Obras de san Cripriano*, BAC, Madrid, 1973, pp. 252-272; EUSEBIO DE CESAREA: *Historia Eclesiástica*, VII, 21-22, ed. BAC, 1973.

⁸ ZOSIMO: *Hist. Nov.*, I, 36, 1.

⁹ SHA, *Gallieni duo*, V, 5.

¹⁰ ZOSIMO: *Hist. Nov.*, I, 45; SHA, *Divus Claudius*, XII, 1-2.

¹¹ AUR. VICTOR: *Hist. Abbr.*, XXXVI, 2; ZOSIMO: *Hist. Nov.*, I, 64; ZONARAS: *Epitome Historiarum*, XII, 29, ed. Teubner, 1868-1875.

¹² ARNOBIO: *Disputationum adversus gentes*, I, 3-4, ed. PL, V, 714-1288.

ya numerosas víctimas cuando se publicó en Tiro el rescripto de Maximino Daya, por el que éste reanudaba de manera unilateral la política religiosa de persecución a los cristianos, en octubre-noviembre de 311¹³.

CRISIS COYUNTURALES Y EPIDEMIAS EN EL BAJO IMPERIO (312-541)

A partir del reinado de Constantino I (306-337), parece como si el azote, que venía golpeando periódicamente a las poblaciones del Imperio desde mediados del siglo III, hubiera perdido empuje¹⁴. Aún así, se produjeron epidemias de mayor o menor intensidad en determinadas áreas, por lo general, vinculadas a invasiones bárbaras, guerras civiles, malas cosechas, sequías, inundaciones, terremotos u otros fenómenos que afectasen seriamente al proceso productivo o a las infraestructuras económicas, provocando hambrunas y carestías, frecuentemente agravadas por una especulación y acaparamiento despiadados de los productos alimenticios básicos.

Poblaciones desnutridas, sometidas al imperio de la violencia o a merced de los desastres naturales, eran el campo abonado a todo tipo de enfermedades carenciales, las cuales, a su vez, abrían camino a las plagas.

Los ejemplos de epidemias asociadas a crisis coyunturales son numerosos, especialmente, en el siglo V. Tal vez, uno de los más conocidos sea el de la ciudad fronteriza de Amida, durante el sitio a que fue sometida por los persas en 359. El golpe, que duro diez días, sirve de motivo a Amiano Marcelino para elaborar un cuidado discurso, en el que expone las opiniones eruditas de su época sobre las causas y tipos de epidemias¹⁵.

Otro caso célebre es el de la ciudad de Roma, durante el asedio de los visigodos, en 408. A pesar de la distribución de víveres llevada a cabo por Leta, viuda del emperador Graciano (375-383), no se pudo evitar que el hambre hiciese presa en la población, la cual culpaba de todos sus males a Serena, viuda de Estilicón, a la que suponía en secreta connivencia con los godos. Finalmente, el senado condenó a muerte a Serena por alta traición, mientras una epidemia se extendía por la ciudad. Los cadáveres de los que fallecieron a causa del hambre, permanecían insepultos, al hallarse los cementerios fuera de los muros de la urbe, y debieron contribuir bastante a la aparición de la plaga¹⁶. Idénticas escenas se volverían a repetir en el asedio de 410, precediendo, de nuevo, el hambre a la epidemia¹⁷.

¹³ EUSEB.: *Hist. Ecl.*, IX, 7, 3-14.

¹⁴ JONES, A. H. M.: *The Later Roman Empire, 284-602*, Oxford, 1973, p. 1042.

¹⁵ AMIANO MARCELINO: *Rer. Gest.*, XIX, 4, 1-8.

¹⁶ ZOSIMO: *Hist. Nov.*, V, 38-39.

¹⁷ AGUSTIN DE HIPONA: *Sermones*, 296, 5-6, ed. PL, XXXVIII, 1355.

Aquel mismo año, una plaga devastó la *diocesis Hispaniarum*. Memoria de ella guardó Hidacio, quien dice que junto con los bárbaros suevos, vándalos y alanos, que habían penetrado en la península a través de los pasos pirenaicos a comienzos del otoño de 409, también llegaron la guerra, el hambre y la peste. Para completar el cuadro apocalíptico, que el obispo de Chaves desea ofrecernos, ni siquiera falta la muerte a causa de las bestias salvajes del campo:

*Est ita quattuor plagis ferri famis pestilentiae bestiarum ubique in toto orbe saevientibus praedictae a domino per prophetas suos adnuntiationes impletur*¹⁸.

Se nos presenta, pues, el año 410 como particularmente funesto para las penínsulas Itálica e Ibérica. Sin embargo, de atenernos a los textos, los brotes epidémicos debieron circunscribirse a lugares bastante concretos: ciudades asediadas y regiones sometidas a depredaciones, las cuales provocaron hambrunas, que precederían a las pestilencias. Así ocurriría hacia 419 en Tréveris, donde una epidemia hizo presa en la población, tras el tercer saqueo que padecía la ciudad en los últimos doce años¹⁹.

En oriente se puede constatar el mismo fenómeno. Un ejemplo puede tomarse del período catastrófico de 443 a 447. Los rigores del invierno de 443 causaron la muerte de miles de personas en Asia Menor. Pero la elevada pluviosidad que se registró al año siguiente, provocó el desbordamiento de varios ríos, lo que afectó principalmente a Bitinia. En 445 una epidemia atacó a hombres y ganados. Más tarde, la plaga se hizo sentir en Constantinopla, cuya población había sufrido por meses una hambruna debido a la insuficiencia de suministros de cereal. La situación llegaría a su punto álgido en 447, cuando al hambre y a la epidemia se sumasen una serie de terremotos que se dejaron sentir en Constantinopla y en otras ciudades asiáticas²⁰.

Las epidemias tampoco perdonaron a los pueblos bárbaros en movimiento. De hecho, parece que fueron un vehículo apropiado para el desplazamiento de las plagas. Así, los hunos, que en 452 saqueaban el norte de Italia, sufrieron una gran epidemia, que fue precedida por el hambre. Plagas celestiales, que a juicio de Hidacio mostraban la ira divina²¹.

No nos extenderemos con nuevos ejemplos. Ahora bien, es importante apuntar aquí dos casos muy concretos que se refieren a la ciudad de Roma.

¹⁸ HIDACIO: *Continuatio Chronicorum Hieronymianorum*, p. 17, 48, ed. MGH, AA, XI=Chronica Minora, II, pp. 13-36.

¹⁹ SALVIANO DE MARSELLA: *De gubernatio Dei*, VI, 84-85, ed. MGH, AA, I.1, pp.1-108.

²⁰ MARCELLINI COMITIS: *Chronicon*, p. 81, ad a. 443, 1; ad a. 444, 3; ad a. 445, 2; p.82, ad a. 446, 1; ad a. 447, 1, ed. MGH, AA, XI=Chr. Min., II, pp. 60-104.

²¹ STEIN, E.: *Histoire du Bas-Empire*, París, 1959, I, p. 336; HIDACIO, *Chr.*, p. 26, 154.

El primero se produjo durante el cerco que impuso el *magister militum* Ricimero al emperador Antemio (467-472) desde marzo de 472. Las tropas de Ricimero se apoderaron del Transtíber y del Vaticano, consiguiendo, de este modo, controlar el curso del río y cortar el suministro de granos, que subía por el Tíber desde *Portus*. El hambre y la epidemia aparecieron muy pronto en la ciudad. Al fin, el ejército de Ricimero, que había aclamado a Olibrio como Augusto, forzó el puente *Aelius* y cruzó el río. Antemio fue asesinado y Roma saqueada por tercera vez en los últimos sesenta y dos años²².

No se volvería a vivir una situación semejante hasta el inicio de las guerras góticas, cuando en febrero de 537, los ostrogodos del rey Vitiges (536-540) iniciaron el asedio de la Ciudad Eterna, ocupada hacia apenas tres meses por las tropas imperiales comandadas por Belisario. El asedio duraría un año y nueve días. Entre las primeras acciones llevadas a cabo por los godos estuvo la de cortar los acueductos que abastecían de agua a fuentes y baños públicos y que movían las ruedas de los molinos. Belisario suplió la necesidad instalando los molinos en el curso del Tíber. Los ostrogodos, por su parte, ocuparon *Portus*, imposibilitando a los romanos asediados la recepción del trigo. El hambre se hizo sentir antes de que finalizase el invierno, y a comienzos de la primavera empezó a propagarse una epidemia por la ciudad. Los soldados bizantinos, los únicos que poseían algo de grano, procedente de sus raciones, lo vendieron a los ricos a precios desorbitados; y cuando los graneros del estado, que abastecían a la tropa, quedaron vacíos, los soldados comenzaron a salir de la ciudad, en la noche, sin ser vistos por el enemigo, para recoger en los campos próximos algo de cereal y traerlo sobre sus caballos a Roma, a fin de continuar con su lucrativo comercio. Mientras, la plebe, que no disponía de oro para pagar el grano, se alimentaba de mulos muertos y de toda suerte de alimañas y hierbajos que crecían entre las ruinas y fortificaciones de la ciudad²³.

Como nota común a la mayor parte de estas noticias sobre brotes epidémicos, es de destacar su ubicación urbana. En escasas ocasiones se nos informa sobre lo que estaba ocurriendo en los campos al mismo tiempo. Existen diversas razones que explican tal omisión. Los autores que nos transmiten la información residieron, de manera casi permanente, en ciudades. Además, en éstas el azote epidémico se manifestaba tanto más dramáticamente, cuanto mayor era la concentración demográfica. En caso de inseguridad en el campo, acudían refugiados buscando la protección de los muros, e incrementaban los factores de riesgo con su masivo hacinamiento en un espacio reducido. Con todo, algunos datos esporádicos, sobre los

²² STEIN, E.: *op. cit.*, I, pp. 394-395.

²³ *Liber Pontificalis, Vita Silverii*, 4, ed. MGH, GRP, I; PROCOPIO DE CESAREA: *History of the Wars*, V, XIX, 13. 19-28; V-XXVI, 3-19; VI, III, 1; VI, X, 13, ed. Loeb, 1968.

que tendremos ocasión de comentar algo más adelante, nos inducen a creer que la situación del campo no fue mucho mejor que la de la ciudad.

LA «PESTE DE JUSTINIANO» (541-544)

Las fuentes antiguas, ya sean griegas, latinas u orientales, se caracterizan por su vaguedad en lo que atañe a la descripción de los síntomas de las enfermedades epidémicas. Incluso, cuando los autores ofrecen detalles pormenorizados, como Tucídides, las dudas persisten. Prueba de ello es el debate que se mantiene²⁴. No sucede lo mismo a partir de la plaga de 541, que abre el primer ciclo de la llamada «peste de Justiniano», ya que hasta la terminología empleada por los historiadores para designar la enfermedad es lo bastante elocuente por sí sola como para prescindir de ulteriores explicaciones. Entre las fuentes latinas, las *Chronicorum Caesaraugustanorum reliquiae* usan vocablos tales como *plaga inguinalis*²⁵; Juan de Bicláro, *pestilentia inguinalis*²⁶; el *Additamentum* al Cronicón del comes Marcelino, *percussio inguinalis*²⁷; Mario de Avenches, *pustula*²⁸, y Gregorio I, *mortalitas inguinalis*²⁹. Isidoro de Sevilla utiliza el sustantivo *inguina*³⁰, traducción latina del griego *boubon*³¹, que alude a la región del cuerpo humano en la que se localiza con frecuencia el signo externo más notorio de la enfermedad. Nos referimos, por supuesto, a la tumoración inflamada de las glándulas linfáticas, que en los casos de peste bubónica se presenta en la ingle, en la parte superior del muslo, en la axila o en el cuello. Entre los contemporáneos, las mejores descripciones sobre la sintomatología de la peste se las debemos a Procopio de Cesarea y Evagrio, por los griegos, y a Gregorio de Tours y Paulo el diácono, por los latinos³². Además, no hay que olvidar que junto a la peste

²⁴ Un buen resumen sobre la polémica puede hallarse en el apéndice a TUCIDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso*, ed. Gredos, Madrid, 1990, t. I, pp. 561-568.

²⁵ *Chronicorum Caesaraugustanorum reliquiae*, p. 223, ad a. 542, ed. MGH, AA, XI=Chr. Min., II, pp. 222-223.

²⁶ JUAN DE BICLARO: *Chronica*, p. 213, ad a. 573, ed. MGH, AA, XI=Chr. Min., II, pp. 207-223.

²⁷ *Marcellini comitis Chronicae additamentum*, p. 107, ad a. 543, 2, ed. MGH, AA, XI=Chr. Min., II, pp. 104-108).

²⁸ MARIO DE AVENCHES: *Chronica*, p. 238, ad a. 571, ed. MGH, AA, XI=Chr. Min., II, pp. 232-239.

²⁹ GREGORIO I: *Registrum Epistolarum*, X, 20, ed. MGH, *Epistolae*, I-II.

³⁰ ISIDORO DE SEVILLA: *Etymologiae seu Origines*, IV, 6, 19, ed. W. M. Lindsay, Oxford, 1911.

³¹ Es el término empleado por PROCOPIO: *HW*, II, 22, 17.

³² PROCOPIO: *HW*, II, 22-23; EVAGRIO: *Historia Ecclesiastica*, 4, 29, ed. PG, LXXXVI Bis, 2415-2906; GREGORIO DE TOURS: *Historia Francorum*, IV, 31, ed. MGH, SRM, I.1; PAULO DIACONO: *Historia Langobardorum*, II, 4, ed. MGH, SRLI, pp. 45-187.

persistieron otras enfermedades epidémicas, que, a veces, precedieron o acompañaron a ésta.

La plaga de 541 provino de Etiopía, según afirma Evagrio³³. La epidemia pudo haber llegado hasta el reino abisinio de Axum desde la región de los grandes lagos del África central, o desde extremo oriente, ya que en ambas zonas se han detectado focos endémicos de peste bubónica, y con ambas mantuvieron estrechos contactos comerciales los etíopes en el siglo VI. Anualmente una expedición penetraba en el interior del continente africano en busca de oro; y en *Adulis*, el gran puerto de Etiopía, fondeaban navíos procedentes de Arabia, India, Ceilán y China³⁴.

La peste ascendió por el mar Rojo hacia el norte, y penetró en el Imperio durante la primavera de 541³⁵, probablemente a través del golfo de Suez, donde se hallaba el único puerto romano abierto al tráfico con Etiopía, *Clysma*³⁶. En sus muelles se descargaban mercancías que previamente habían pasado por *Adulis*. Se trataba de productos exóticos, importaciones de lujo, que satisfacían la demanda de los grupos privilegiados de la sociedad bizantina. Destacaban: el ébano, las piedras preciosas, diversas drogas, el marfil, especias, oro, pieles, esclavos africanos, algodón y toda una gama de esencias aromáticas. Su precio se pagaba en moneda de oro romana, ya que el *solidus aureus* era el valor de cambio más apreciado en los mercados internacionales de la época³⁷.

³³ EVAGRIO: *Hist. Eccl.*, 4, 29.

³⁴ BAYNES, N. H.: *El Imperio Bizantino*, México, 1949, pp. 169-170; STEIN, E.: *op. cit.*, II, pp. 101-105.

³⁵ PROCOPIO: *HW*, II, 22, 9 asegura que la peste alcanzó Constantinopla en el segundo año de su andadura. Un edicto imperial fechado el 1 de marzo de 542 indica que, para entonces, la plaga ya se había cobrado numerosas víctimas en la capital. Según TEOFRANES, *Chronographia*, A. M. 6.034 (ed. *PG*, CVIII, 56-1164), en Constantinopla la eclosión del mal se habría producido en octubre de 541. Pero STEIN, E.: *op. cit.*, II, p. 841 sostiene que Teófanos confunde el primer brote que se dio en la capital con el acaecido en *Pelusium*, y, apoyándose en Procopio, Santiago de Edesa y Juan de Efeso, muestra como es preciso datar, aproximadamente, entre febrero y mayo de 542 el momento en que el azote barrió Constantinopla. No obstante, la afirmación de Teófanos no es necesariamente errónea, como creía E. Stein. No se debe olvidar que el estado importaba trigo egipcio para alimentar a la población de la capital. La *felix embola* se enviaba todos los años en tres convoyes, que partían de Alejandría en distintas fechas durante el verano. El último debía ser expedido antes del 10 de septiembre. Después la navegación se hacía peligrosa y quedaba suspendida desde el 11 de noviembre al 10 de marzo. Procopio insiste en que la epidemia viajó siempre por mar; y dado que en la capital se hallaba presente antes de que se abriese la estación navegable, es lógico pensar que ya en octubre de 541 causará algunas víctimas; aunque su período álgido coincidiese con el final del invierno y los primeros meses de la primavera de 542.

³⁶ STEIN, E.: *op. cit.*, II, p. 102.

³⁷ COSMAS INDICOPLEUSTES: *Topographia Christiana*, II, 138-148; XI, 338-339, ed. *PG*, LXXXVIII, 51-462.

Desde *Clysmá*, la epidemia debió viajar a través de la *Augustamnica Prima* hasta la ciudad mediterránea de *Pelusium*, primer centro urbano de cierta entidad, donde Procopio situará un brote de peste en el interior del Imperio³⁸. Al llegar a este punto, la línea de difusión seguida hasta entonces por la epidemia se bifurcó en dos direcciones divergentes: una por el oeste hacia Alejandría, y otra por el noreste hacia Antioquía de Siria.

Los primeros focos de contagio fueron los puertos costeros de manera invariable. Sólo después de haber hecho presa en ellos, la peste penetraba hacia el interior; lo que demuestra que el mal viajó por las habituales rutas mercantiles del mundo mediterráneo, en las bodegas, pobladas de roedores infectados, de los cargueros comerciales. Así, por ejemplo, en el caso de Egipto, la epidemia no subió desde Etiopía por el cauce del Nilo hasta alcanzar su desembocadura, sino que, por el contrario, remontó el curso del río desde la región del delta, donde se hallaban Alejandría y *Pelusium*³⁹.

En el transcurso de la primavera de 542, la plaga, que el otoño anterior había devastado todo Egipto, arrasó ahora la ciudad de Constantinopla, al tiempo que se propagaba por Palestina y Siria. En esta última causó especial impacto en Antioquía, la cual aún no se había recuperado de las heridas que le habían infligido los persas, durante el saqueo de 540⁴⁰.

En la capital del Imperio de Oriente, el azote, que había hecho sus primeras víctimas en octubre de 541, cobró renovado ímpetu cuando el invierno tocaba ya a su fin, e incidió con especial virulencia sobre la población por cuatro meses, alcanzando su punto álgido durante el tercero, momento en el que se contabilizaron entre cinco y diez mil muertos diarios⁴¹; lo que para una ciudad como Constantinopla, que contaba con un número de habitantes superior a los 600.000, pero inferior al millón, era, sin duda, un índice muy elevado de mortalidad⁴².

Entre los afectados se encontró el propio emperador Justiniano, a quien el mal se le había manifestado con la aparición del consabido bubón en la región inguinal. Llegó a estar tan gravemente enfermo que, incluso, corrió el rumor, tanto en la capital como en las provincias, de que había fallecido. En círculos militares se pudo detectar cierto malestar, posiblemente vinculado al temor de que la emperatriz Teodora asumiese directamente las riendas del control del estado, o que pusiese éstas en manos de alguno de sus incondicionales. El problema se solventó al sanar el

³⁸ PROCOPIO: *HW*, II, 22, 6; EGERIA: *Itinerarium*, 7-9, ed. BAC, Madrid, 1980.

³⁹ *Ibíd.*

⁴⁰ PROCOPIO: *HW*, II, 8-9.

⁴¹ PROCOPIO: *HW*, II, 22, 2.

⁴² STEIN, E.: *op. cit.*, II, p. 842.

emperador; aunque ciertos altos mandos del ejército de oriente, entre los cuales se hallaba el propio Belisario, habrían de vérselas con su irascible soberana⁴³.

A fines del otoño de 542, la peste ya había devastado buena parte de las tierras del Mediterráneo oriental. Egipto, Palestina, Siria, las Tracias y el Ilírico la habían conocido⁴⁴. Probablemente, para estas fechas también la hubiesen sufrido algunos puertos mediterráneos de Asia Menor, aunque ni el occidente mediterráneo ni la Persia de los Sasánidas la habían padecido aún. El monarca persa, Cosroes I (531-579), residía a la sazón en los cuarteles de invierno, donde había acantonado a sus fuerzas militares, en Adarbiganón. Si las negociaciones de paz que había entablado con Justiniano fracasaban, tenía pensado marchar sobre el Ponto, a través de las montañas de Armenia, que creía libres del contagio, y lanzar un ataque contra Constantinopla; en lugar de invadir de nuevo la *Osrhoena* y la *Euphratensis*, en la Mesopotamia romana, donde Belisario le había opuesto decidida resistencia, durante la campaña de la pasada primavera; y donde, además, sabía que la peste había causado estragos. Pero los planes del Gran Rey no llegarían a materializarse. La embajada de paz de Justiniano no alcanzó Adarbiganón, pues uno de los embajadores, el general ilirio Constantino, enfermó en el camino; y, la tan temida epidemia, penetró en el Imperio Persa, amenazando a los tropas de Cosroes. Ante el avance de la peste, que ya se extendía hacia la Media Atropatene, el actual Azerbaidján; y tras enterarse del estallido de una rebelión encabezada por su hijo, el Rey de Reyes decidió replegarse hacia Asiria, libre de la calamidad, y renunció a invadir el Imperio Romano en la primavera de 543⁴⁵.

Aquel mismo año occidente habría de conocer los primeros brotes de peste. Africa, Italia e Hispania iban a ser las primeras damnificadas. Las Galias y Germania la conocerían algo más tarde.

El *Additamentum* al Cronicón del *comes* Marcelino señala que precisamente en 543 una *mortalitas magna* devastó toda Italia, después de haber arrasado Oriente y el Ilírico⁴⁶.

Por las mismas fechas la mortandad alcanzó las costas del Africa bizantina⁴⁷. Flavio Coripo, poeta africano del siglo VI, nos ha legado un relato versificado en su *Iohannidos*, poema dedicado al general Juan Troglita, vencedor de los mauros⁴⁸. Curiosamente estos últimos no sufrieron el azote, lo que les permitió, pocos meses después,

⁴³ PROCOPIO: *Anécdota*, IV, 1-5, ed. Loeb, 1969.

⁴⁴ *Marcell. com. add.*, p. 107, a. 543, 2.

⁴⁵ PROCOPIO: *HW*, II, 24, 1-12.

⁴⁶ *Marcell. com. add.*, p. 107, a. 543, 2.

⁴⁷ DIEHL, Ch.: *L'Afrique Byzantine*, París, 1896, p. 339; VICTOR TONNENNSIS: *Chronica*, p. 201, a. 542, 2, ed. *MGH, AA,=Chr. Min.*, II, pp. 184-206.

⁴⁸ CORIPO: *Iohannidos*, III, 342-392, ed. *MGH, AA*, III, 2, pp. 1-109.

cuando la epidemia hubo remitido, lanzarse al saqueo de las provincias romanas, desprotegidas como estaban, a causa de las bajas que la peste había provocado entre los soldados de los destacamentos militares que custodiaban las fortificaciones de la frontera.

La Península Ibérica tampoco escapó al destino común del occidente mediterráneo. La ciudad de Zaragoza guardaría memoria de la calamidad general. El anónimo autor de las *Chronicorum Caesaraugustanorum reliquiae* recordará que *his diebus inguinalis plaga totam paene contravit Hispaniam*⁴⁹.

Los puertos hispánicos del litoral mediterráneo, que mantuvieron unas relaciones comerciales fluidas con el norte de Africa en el siglo VI⁵⁰, serían los primeros que habrían experimentado el golpe. De todos modos, rutas fluviales, como las del Guadiana y la del Guadalquivir, habitualmente frecuentadas por los *transmarini negotiatores* de procedencia oriental que traficaban en las ciudades portuarias, debieron servir como vías alternativas para la propagación de la epidemia por las zonas del interior⁵¹.

La peste arribó a las costas meridionales de la Galia franca de los Merovingios en 544⁵². Tuvo especial incidencia en la antigua provincia *Viennensis*, cuyo centro administrativo, Arlés, fue muy castigado por la plaga. Del temor de Galo, obispo de Clermont-Ferrand, a que la peste llegase a su diócesis, se puede deducir que el desastre se hallaba próximo, y que, por tanto, debía haber remontado el curso de Ródano y ahora amenazaba la Auvernia. No obstante, en aquella ocasión las oraciones del venerable Galo alejaron la amenaza⁵³.

Desde el curso superior del Saona, la peste se movió hacia Reims, probablemente ascendiendo por las márgenes del Marne. Según se creyó fueron las reliquias de San Remigio las que libraron a la ciudad del desastre⁵⁴. Tampoco se puede descartar que la plaga se propagase a lo largo de las orillas de Mosela para detenerse en las proximidades de Tréveris⁵⁵.

El 7 de marzo de 544, durante la Cuaresma, Justiniano promulgó una *novella* instando al arrepentimiento a los homosexuales de Constantinopla, ya que el cúmulo

⁴⁹ *Chron. Caesaraugust. rel.*, p. 223, ad a. 542.

⁵⁰ JARREGA DOMINGUEZ, R.: «Notas sobre la importación de cerámicas finas norteafricanas (sigillata clara D) en la costa oriental de Hispania durante el siglo VI e inicios del VII d. C.», *Actas del II Congreso de Arqueología Medieval Española. Comunicaciones*, Madrid, 1987, pp. 337-344.

⁵¹ *De vita et miraculis Patrum Emiritensium*, V, 12, ed. E. Flórez, *España Sagrada*, XIII, pp. 335-386.

⁵² GREGORIO DE TOURS: *HF*, IV, 5.

⁵³ GREGORIO DE TOURS: *Liber in gloria martyrum*, 50, ed. MGH, SRM, I. 2.

⁵⁴ GREGORIO DE TOURS: *Liber in gloria confessorum*, 78, ed. MGH, SRM, I. 2.

⁵⁵ GREGORIO DE TOURS: *Liber vitae Patrum*, XVII, 4, ed. MGH, SRM, I. 2.

de sus pecados podía ser la causa de nuevas plagas divinas, aún más aterradoras que las recientemente vividas⁵⁶. Un par de semanas después, el 23 de marzo, se promulgó un nuevo decreto, por el que se ponía fin a la escalada de precios que se había producido tras los primeros brotes de peste, restableciendo los que se hallaban en uso antes de la epidemia. A juicio del legislador, el fenómeno era la consecuencia directa de la avaricia de agricultores, artesanos, comerciantes y marineros⁵⁷.

En el primer caso, el alejamiento de la ira divina se condiciona al arrepentimiento del pecado de lujuria. En el segundo, la restauración del orden económico del Imperio pasaba por el abandono del pecado de avaricia. Parece claro que, en marzo de 544, la ideología que preside la labor legislativa del gobierno imperial subordina el restablecimiento del orden universal al del orden moral de la sociedad. Por supuesto, como no se esperaba que los pecadores estuvieran dispuestos a enmendar su conducta en beneficio de la comunidad, el emperador, en su calidad de representante de Dios en la tierra, se encargaría de que el aparato coercitivo del estado dejase caer todo su peso sobre los infractores de la normativa, para los cuales se preveían duras penas.

LOS REBROTOS CICLICOS DEL SIGLO VI

La gravedad de la llamada «peste de Justiniano» no radica tanto en las secuelas inmediatas del primer ciclo de brotes, que acabamos de describir, como en la cadena de oleadas epidémicas a las que abrió las puertas del mundo mediterráneo. Durante doscientos años no hubo generación que no conociese los desastres causados por la plaga, cuyo carácter recurrente contribuyó enormemente a perpetuar las consecuencias del azote de 541-544.

Con una frecuencia que oscila entre los nueve y los doce años de media entre un ciclo y el siguiente, la peste no tardó en hacer una nueva aparición⁵⁸. Esta se produjo entre 588 y 561, mientras Justiniano ostentaba aún la púrpura. Es cierto que una epidemia se abatió sobre Constantinopla en diciembre de 555, mas no parece que se trate de un brote de peste bubónica⁵⁹.

En realidad, la peste se vio precedida por toda una serie de violentos terremotos, que en los últimos meses de 557 destruyeron barrios enteros de la capital, provocaron

⁵⁶ JUSTINIANO: *Novellae*, CXLI, ed. R. Schoell y G. Kroll, *CIC*, 3, 1972.

⁵⁷ JUST.: *Nov.*, CXXII.

⁵⁸ Seguimos la clasificación de BIRABEN, J.-N., y LE GOFF, J.: «The Plague in the Early Middle Ages», ed. R. Forster y O. Ranum en *Biology of Man in History*, Baltimore-Londres, 1975, pp. 48-80.

⁵⁹ TEOFANES: *Chronogr.*, A. M. 6.048.

el pánico general de la población, y dañaron hasta tal punto la cúpula de Santa Sofía que, pocas semanas después, se desplomaría estrepitosamente⁶⁰. Entre febrero y julio de 558 se manifestó la peste en toda su virulencia⁶¹. Al año siguiente se extendió hacia el oeste, penetrando en Italia a través de Ravena, para propagarse a lo largo de la costa adriática en dirección a Istria y Dalmacia, donde provocó muertes hasta 561⁶². Precisamente por estas mismas fechas, también Cilicia y Antioquía se Siria fueron visitadas por tan incómodo huésped⁶³.

El tercer ciclo de brotes se puede datar entre 570 y 574. Siguió de cerca a la invasión lombarda de Italia y afectó especialmente a occidente. En 569, al tiempo que los invasores avanzaban veloces, el hambre y una epidemia, que no puede identificarse con la peste, hicieron su aparición en la península. Un año después, de creer a Mario de Avenches, la viruela se sumó a la epidemia que ya se padecía, y ambas parecen haber allanado el camino a la peste, que en 571 se trasladó desde Liguria a las playas meridionales de la Galia. Ascendió por el valle del Ródano hasta Lyon, y desde allí tomó dos direcciones distintas. Por un lado remontó el curso del Saona alcanzando Chalon-sur-Saône y Dijón. Por otro se propagó hacia el noroeste, castigando prácticamente a toda la Auvernia, antes de proseguir su camino desde Clermont-Ferrand a Bourges, llegando incluso a amenazar la diócesis de Tours⁶⁴. Paulo el diácono insiste en que progresó *ad fines gentium Alamannorum et Baioariorum*⁶⁵.

Poco sabemos sobre los efectos de este ciclo epidémico en el Mediterráneo oriental, aunque Juan de Biclario y Miguel el sirio nos informan sobre la presencia de la peste en Constantinopla en 573. Según el biclarenses, testigo presencial del azote, éste cesó el día en que Tiberio Constantino fue proclamado César; es decir, el 7 de diciembre de 574⁶⁶. Posiblemente, Antioquía también se vio agredida por la plaga, pues Evagrio recuerda que la ciudad había sufrido por cuarta vez un golpe de peste, dos años antes de escribir su relato sobre la epidemia de 541 a 544. Dado que el primero de aquellos azotes se puede fechar en 542, el segundo en 560/561 y el cuarto hacia 591, queda 570-574 como el período más probable en que se produjo el tercer brote⁶⁷.

De acuerdo con la clasificación de J. N. Biraben y J. Le Goff⁶⁸ se podría esta-

⁶⁰ TEOFANES: *Chronogr.*, A. M. 6.050.

⁶¹ *Ibid.*; AGATIAS: *Historiarum*, V, 9, ed. PG, LXXXVIII, 1263-1596.

⁶² PAULO DIAC: *HL*, IV, 4.

⁶³ EVAGRIO: *Hist. Eccl.*, 4, 29; TEOFANES: *Chronogr.*, A. M. 6.053.

⁶⁴ MARIO DE AVENCHES: *Chr.*, p. 238, ad. a. 569-571; GREGORIO DETOURS: *HF*, IV, 31; *Id.*, *Liber de virtutis sancti Iuliani Brivatensis*, 46, ed. MGH, SRM, I. 2.

⁶⁵ PAULO DIAC.: *HL*, II, 4.

⁶⁶ JUAN DE BICLARO: *Chr.*, p. 213, a. 573, 4; p. 214, a. 574, 2.

⁶⁷ EVAGRIO: *Hist. Eccl.*, 4, 29.

⁶⁸ BIRABEN, J.-N., y LE GOFF, J.: *Op. cit.*, p. 59.

blecer la existencia de dos nuevos ciclos pestíferos: el cuarto de 580 a 582 y el quinto de 588 a 591. Pero, lo cierto es que resulta muy difícil señalar los límites cronológicos entre el uno y el otro. En cualquier caso, lo que debemos reconocer como característica primordial en los brotes epidémicos de esta década ominosa es su marcado carácter occidental, aunque hacia 591 se detectan algunos focos importantes en el este.

Gregorio de Tours nos hace llegar las primeras noticias. Legados francos de Chilperico I de Neustria (561-584), que regresaban del reino visigodo, donde habían permanecido durante el año 583, narraron como la provincia de *Carpetania*, región occidental de la antigua *Carthaginiensis*, sufría una terrible plaga de langostas⁶⁹. Más adelante, el turonense indica que para entonces la mencionada plaga de langostas entraba en su quinto año y que se había extendido a otra provincia colindante⁷⁰. Además, los legados que habían retornado a la Galia en la primavera de 584, refirieron que una epidemia muy grave de peste bubónica, que venía afectando a la ciudad de Narbona desde hacía tres años, se extendía ahora por casi todo el reino visigodo⁷¹.

Posiblemente sólo la *Lusitania* se libró del azote, y eso gracias a la intercesión de la santa patrona de *Emerita Augusta*, la mártir Eulalia, y a las plegarias de Masona, el obispo metropolitano⁷².

En Narbona, parte de la población huyó al estallar el contagio. Pero, cuando regresaron más tarde, pensando que el azote había concluido, fueron víctimas de un nuevo rebrote. Y, además, los refugiados contribuyeron a portar el mal hasta Albi⁷³.

Gregorio de Tours atribuye la muerte del rey suevo Miro (570-583) a las aguas malsanas de Hispania y a la insalubridad de su aire⁷⁴. Ambos factores eran considerados por los médicos de la época como causantes de epidemias. Así, Isidoro de Sevilla, al hablar sobre los orígenes de la peste bubónica, dice que ésta *gignitur enim ex corrupto aere*⁷⁵. Creemos que el monarca suevo pudo ser víctima de la epidemia que en 583 assolaba el reino visigodo⁷⁶.

Todavía en 588 la plaga causaba víctimas en la Península Ibérica, pues precisamente aquel mismo año, una nave comercial, procedente de alguno de los

⁶⁹ GREGORIO DE TOURS: *HF*, VI, 33.

⁷⁰ GREGORIO DE TOURS: *HF*, VI, 44.

⁷¹ GREGORIO DE TOURS: *HF*, VI, 33.

⁷² *De vita et miraculis Patrum Emeritensium*, IX, 22.

⁷³ GREGORIO DE TOURS: *HF*, VI, 33.

⁷⁴ GREGORIO DE TOURS: *HF*, VI, 43.

⁷⁵ ISIDORO: *Etymolog.*, VI, 6, 17.

⁷⁶ JUAN DE BICLARO: *Chr.*, p. 216, a. 583, habla de hambre durante el asedio de *Hispalis*. Guerra y hambre solían preceder a las epidemias.

puertos hispanos, que se dirigía a Marsella, según era usual, llevó consigo la peste al sur de la Galia. El obispo de Marsella, Teodoro, se refugió en la iglesia abacial de san Víctor, en la que permaneció en oración hasta que cesó el azote. Durante dos meses la ciudad respiró. Muchos que habían huido regresaron, con tan pésima fortuna que al tercer mes rebrotó la peste, y bastantes de ellos murieron⁷⁷.

Desde Marsella la epidemia remontó, una vez más, el curso del Ródano hasta los alrededores de Lyon. Viviers y Avignon la soportaron en 590. Y un año después Marsella volvía a recibirla⁷⁸.

Tampoco Italia se libró de los rebrotes de este ciclo. En noviembre de 589 el Tíber se desbordó, provocando el hundimiento de varios edificios antiguos y de los almacenes de cereales de la Iglesia, que contenían las reservas alimenticias para la población de Roma durante todo el invierno. Antes de que acabara el año la peste se dejó sentir. Entre las víctimas se encontraba el propio pontífice, Pelagio II (579-590). El golpe sólo se detendría después de que el que habría de ser su sucesor, Gregorio I (590-604) celebrase solemnes letanías en abril de 590⁷⁹. Aun así, el mal se extendió por el nordeste de Italia, afectando a Ravenna y a la península de Istria. Poco sabemos sobre su incidencia en oriente, con excepción del brote que padeció Antioquía⁸⁰.

Entre 599 y 600 se iba a producir la sexta y última recurrencia de la plaga en el siglo VI. Es casi seguro que en esta ocasión el ciclo tenía su origen en oriente. Elías de Nisibis señala su presencia en Mesopotamia hacia 599. Ese mismo año, según Miguel el sirio, afectó a la ciudad de Constantinopla y a amplias regiones de Asia y Bitinia. De hecho, a fines del otoño de 599, cuando los ávaros, cruzando el Danubio, invadieron la *Moesia Secunda* y la *Scythica*, la peste devastaba ya las Tracias⁸¹.

Una carta de Gregorio I, fechada en agosto de aquel mismo año, comunicaba a la patricia Itálica y a su marido Venancio las ruinas causadas por la peste en Africa, y añadía que le habían llegado nuevas sobre desolaciones peores en oriente⁸², lo que nos permite datar los brotes epidémicos de las Tracias y Asia Menor hacia la primavera de 599.

Desde el este la plaga viajó hacia el oeste. Tocó puerto en Cartago durante el verano y debió desembarcar en Ravenna poco tiempo después, para expandirse por el norte y centro de Italia. En agosto del año 600, Gregorio I, en una carta al obispo Dominico de Cartago, que pretendía consolarle por los desastres provocados por la epidemia que aún vagaba por Africa, le hace saber que Italia tampoco se había

⁷⁷ GREGORIO DE TOURS: *HF*, IX, 21-22.

⁷⁸ GREGORIO DE TOURS: *HF*, X, 23 y 25.

⁷⁹ GREGORIO DE TOURS: *HF*, X, 1.

⁸⁰ PAULO DIAC: *HL*, IV, 4; EVAGRIO: *Hist. Eccl.*, 4, 29.

⁸¹ TEOFANES: *Chronogr.*, A. M. 6.092; BIRABEN, J.-N., y LE GOFF, J.: *op. cit.*, p. 75.

⁸² GREGORIO I: *Registr. Epist.*, IX, 232.

librado de la calamidad⁸³. Mientras Dalmacia e Istria se veían asoladas por las incursiones eslavas, en el valle del Adigio, en torno a Verona, la peste se cobraba nuevas víctimas⁸⁴.

Procedente de Italia arribó a Marsella y Arlés⁸⁵, pero no penetró en profundidad en las Galias, ni tampoco en Hispania.

LAS ULTIMAS OLEADAS EPIDEMICAS. SIGLOS VII Y VIII

El siglo VII conocerá varios ciclos de brotes recurrentes. El primero de ellos, séptimo a contar desde el de los días de Justiniano, acaeció durante el reinado de Focas (602-610). Teófanos y Zonaras hablan de su incidencia en Constantinopla y el *Liber Pontificalis* de su presencia en Roma, bajo el pontificado de Bonifacio IV (608-615)⁸⁶.

Nuestras fuentes se hacen cada vez más escasas a medida que avanzamos en este siglo. Nos adentramos en lo que se ha dado en llamar «la edad oscura de Bizancio», que tiene su correspondencia occidental en la Galia merovingia y en la Hispania visigoda, tras la desaparición de Gregorio de Tours, Juan de Bícclaro e Isidoro de Sevilla. A pesar de las dificultades que ello entraña, las noticias sobre nuevos brotes epidémicos de peste bubónica se pueden localizar, incluso para la Península Ibérica.

En tal sentido cabría interpretarse cierta alusión a una *pestit assidua*, que aparece en una de las cartas cruzadas hacia 614 entre el rey Sisebuto (612-621) y el patricio Cesáreo, gobernador de la provincia bizantina de *Spania*, durante una serie de campañas militares, que tuvieron por escenario el sudeste peninsular⁸⁷.

Para 618 poseemos una noticia, más bien aislada, sobre un rebrote en Constantinopla⁸⁸. Es difícil vincularlo a alguno de los ciclos anteriores o posteriores; por lo que se le clasifica como testimonio de un octavo ciclo, de que tan solo han perdurado esta información⁸⁹.

Asociado a las campañas victoriosas de Heraclio (610-641) contra los persas en 627/628, se halla el noveno ciclo que se extendió por Siria y Mesopotamia, campo principal de las operaciones bélicas⁹⁰. De manera similar, el décimo ciclo, de 639 a

⁸³ GREGORIO I: *Registr. Epist.*, X, 20.

⁸⁴ BIRABEN, J.-N., y LE GOFF, J.: *Op. cit.*, p. 75.

⁸⁵ *Ibid.*

⁸⁶ TEOFANES: *Chronogr.*, A. M. 6.100; ZONARAS: *Ep.*, 14, 14; *Lib. Pont., Vita Bonif.*, 1.

⁸⁷ *Epistolae Wisigothicae*, 4, ed. MGH, EMKA, I, pp. 658-690.

⁸⁸ NICEFORO EL PATRIARCA: *Breviarium*, p. 113, ed. Teubner, 1880.

⁸⁹ BIRABEN, J.-N., y LE GOFF, J.: *op. cit.*, p. 60.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 76.

640, coincide con la invasión musulmana de las provincias orientales del Imperio. Tuvo una difusión más amplia y llegó a alcanzar a Siria, Palestina, Egipto, Constantinopla y Tesalónica⁹¹. Posiblemente halla que relacionar esta oleada pestífera con la que devastó el reino visigodo hacia 640, después de siete años de sequía y hambrunas⁹².

La carta en que Galo, obispo de Clermont-Ferrand, informa a Didier, obispo de Cahors, sobre una serie de brotes que asolaron el bajo valle del Ródano, así como la noticia que nos proporciona Paulo el diácono sobre una epidemia que afectó a Roma y Pavía⁹³, presentan dificultades de datación precisa, a pesar de que se las haya considerado como representación de un undécimo ciclo epidémico, que habría tenido lugar hacia 654⁹⁴.

Las últimas décadas del siglo VII se muestran menos parcas y más precisas. Así, de 678 a 680, asistimos a la apertura de un nuevo ciclo, que está documentado para Constantinopla, Roma y la Península Ibérica. Provino de oriente, ya que en la primavera de 678, el califa Muhawiya I (661-680) se vio obligado a levantar el cerco que había impuesto a Constantinopla a causa del hambre y la peste⁹⁵. Poco después, bajo el pontificado de Agatón (678-681), durante los meses de julio a septiembre de 680, Roma sufrió una gravísima epidemia, la cual causó tantas víctimas que no era infrecuente ver como familias enteras eran sepultadas al mismo tiempo. Además alcanzó a las áreas suburbanas y a los *castra* bizantinos del *limes*⁹⁶.

En el reino visigodo, el cariz que tomó la situación a partir de 680 no fue mucho mejor. En los últimos años del reinado de Wamba (672-680) el hambre se hizo sentir, pues para cuando se reunió el XII Concilio de Toledo, del 9 al 25 de enero de 681, tan sólo tres meses después de la deposición del monarca, el nuevo rey, Ervigio (680-687), afirmaba ante la asamblea episcopal que se padecían graves problemas agrarios y que una epidemia se extendía por el reino⁹⁷.

Por su parte, los dominios de los Omeyas en Mesopotamia, Siria y Egipto se vieron afectados por otro ciclo epidémico entre 684 y 686, de implantación y desarrollo netamente oriental⁹⁸.

En occidente, la provincia visigoda de la Narbonense padecería los efectos de una oleada de rebrotes en los años 693/694, bajo el reinado de Egica (687-702). En

⁹¹ *Ibid.*: STRATOS, A. N.: *Byzance au VIIe. siècle*, Lausana, 1980, II, p. 45.

⁹² *Vita Audoini*, 7, ed. R. Grosse, *Fontes Hispaniae Antiquae*, IX, p. 295.

⁹³ La carta de Galo ed. MGH, *EMKA*, I, p. 214; PAULO DIAC.: *HL*, VI, 5.

⁹⁴ BIRABEN, J.-N., y LE GOFF, J.: *Op. cit.*, p. 76 y n. 4.

⁹⁵ *Continuatio Byzantino Arabica*, 26; Cf. *Continuatio Hispana*, 39, ed. MGH, *AA*, XI=*Chr. Min.*, II, pp. 334-368.

⁹⁶ *Lib. Pont.*, *Vita Agathonis*, 16.

⁹⁷ VIVES J.: *Concilios Visigóticos e Hispano-romanos*, Barcelona-Madrid, 1963, pp. 380-381.

⁹⁸ STRATOS, A. N.: *Byzantium in the Seventh Century*, Amsterdam, 1980, V, p. 28.

la ley promulgada por el monarca dando vigor como normativa civil a las decisiones adoptadas por el episcopado hispano en el XVI Concilio de Toledo, celebrado el 2 de mayo de 693, se hace constar que los obispos de la Narbonense no habían podido concurrir a la asamblea debido a que la peste inguinal devastaba su provincia por aquellos días⁹⁹.

En el tomo regio presentado por el mismo monarca a los padres congregados en el XVII Concilio de Toledo, el 9 de noviembre de 694, se señala expresamente que los judíos de la Narbonense no debían ser sometidos, por el momento, a la legislación emanada de la reunión, ya que la provincia entera pasaba por momentos de crisis como consecuencia de la creciente ola de delitos, de las invasiones de los francos y de la mortandad provocada por la peste inguinal¹⁰⁰.

El último lustro del siglo VII conoció dos nuevos ciclos de brotes epidémicos. Uno en 697, que habría afectado a Mesopotamia, Siria y Constantinopla. El otro en el año 700, que se propagó por diversos lugares de oriente, tocando, de nuevo, la capital del Imperio Bizantino¹⁰¹.

La presencia de la plaga en la época final del reino visigodo no responde a un problema aislado o específico de la Península Ibérica. Es muy posible que en 701 la peste devastase la ciudad regia de Toledo. Según la *Crónica mozárabe de 754* o *Continuatio Hispana*, Egica y su hijo Witiza *in era DCCXXXVIII supra fate cladis nos ferentes exitium per Spaniam e palatio vagitant*¹⁰². Aunque la calamidad mencionada con anterioridad suele asociarse a una supuesta referencia perdida sobre la rebelión de Sunifredo, lo cierto es que el cronista sí menciona de manera expresa una devastación: la de la peste¹⁰³. El traslado de la corte desde Toledo a Córdoba¹⁰⁴ seguramente estuvo motivado por la presencia de una epidemia en la capital.

El *Ajbar Machmuá*, colección de tradiciones en torno a la conquista islámica del reino visigodo, compiladas en el siglo XI, indica que durante tres años consecutivos, al final del reinado de Witiza (702-710), se produjeron hambrunas, las cuales fueron seguidas por la peste. Tales hechos debieron tener lugar entre 707 y 709, ya que el último año del reinado de Witiza se caracterizó por la feracidad de las cosechas¹⁰⁵.

⁹⁹ VIVES, J.: *Op. cit.*, pp. 515-516; *Cont. Hisp.*, 53.

¹⁰⁰ VIVES, J.: *Op. cit.*, p. 525.

¹⁰¹ TEOFANES: *Chronogr.*, A. M. 6190 y 6192; BIRABEN, J.-N., y LE GOFF, J.: *Op. cit.*, p. 60.

¹⁰² *Cont. Hisp.*, 62.

¹⁰³ Así lo interpretan BARBERO, A., y LORING, M.^a I.: «El reino visigodo y la transición al mundo medieval», en *Historia de España*, ed. Planeta, t. 2, «La España romana y visigoda, Barcelona», 1989, p. 496.

¹⁰⁴ A fines de 702 la corte estaba en Córdoba, donde se publicó una ley referente a los *municipia* fugitivos; Cf. *Liber Iudiciorum*, IX, 1, 21.

¹⁰⁵ *Ajbar Machmuá*, ed. E. Lafuente y Alcántara, Madrid, 1867, p. 22.

Pero la peste bubónica aún presentaría una gran batalla antes de su definitiva retirada, durante el reinado del emperador bizantino Constantino V (741-775). Este ciclo epidémico, procedente de Siria, donde había devastado Damasco hacia 740, atravesó Palestina y penetró en Egipto antes de extenderse por las costas norteafricanas hasta la actual Túnez. Allí embarco rumbo a Sicilia y Calabria. Del sur de Italia pasó a Grecia, y desde esta última a las islas del Egeo, que se vieron arrasadas por el azote en la decimocuarta indicción (del 1 de septiembre de 744 al 31 de agosto de 745). Meses después, en la decimoquinta indicción (del 1 de septiembre de 745 al 31 de agosto de 746) la plaga se hizo manifiesta en la capital, aunque no causó importantes daños hasta la primavera de la primera indicción, es decir, la de 747; y no fue sino en el verano de aquel año que llegó a las cuotas máximas de su virulencia. La mortalidad fue tan elevada que el gobierno imperial se vio obligado a poner en marcha toda una serie de medidas destinadas a repoblar Constantinopla. Asia Menor también sufrió la peste en esta misma década, siendo Esmirna la ciudad más castigada¹⁰⁶.

La última noticia sobre un brote de peste bubónica en el siglo VIII nos viene de la mano de Juan el diácono, quien lo enmarca en la ciudad de Nápoles en el año 767¹⁰⁷. Después el silencio se hace en los anales de la historia. Aunque volvemos a tener nuevas sobre epidemias, la peste bubónica ya no reapareciera en la escena mediterránea hasta 1347.

EL LEGADO DE LAS GRANDES EPIDEMIAS

Los diferentes ciclos de brotes de peste bubónica, que afectaron al mundo mediterráneo durante los siglos VI al VIII, tuvieron consecuencias de orden demográfico, social, económico y político. No obstante, la peste tan sólo contribuyó a consolidar y prolongar los trazos de unas líneas de evolución, que ya se venían perfilando en dichas áreas desde los días de Marco Aurelio; dado que las mortandades de los siglos II al V poseyeron la capacidad suficiente como para imprimir una huella indeleble en la sociedad tardorromana.

La crisis demográfica fue su efecto primero y más obvio. A partir de los tiempos de los Antoninos, se advierte, en casi todo el Imperio, una tendencia al descenso de la población, que no resulta nada extraña; teniendo en cuenta que al final de las guerras de conquista se unió la aparición de las primeras grandes epidemias. Estas quebraron definitivamente el frágil equilibrio de unas estructuras demográficas

¹⁰⁶ TEOFANES: *Chronogr.*, A. M. 6.238; BURY, J. B.: *A History of the Later Roman Empire*, Londres, 1889, II, p. 453.

¹⁰⁷ El dato sobre este brote se halla editado en *MGH, SRLI*, p. 425.

caracterizadas por la brevedad en la esperanza de vida, unos elevados índices de mortalidad infantil, y unas tasas de natalidad comparativamente débiles. De hecho, antes de que los invasores bárbaros y las hambrunas y pestilencias hagan su aparición en escena, ya se perfilaba la contracción¹⁰⁸. Con la llegada de la peste bubónica en el siglo VI, se culminará un proceso cuyas raíces se hunden en el Alto Imperio. En torno a 600 la población mediterránea debió alcanzar su nivel más bajo¹⁰⁹. Casi un siglo antes, el rey visigodo Egica había reconocido, durante la oleada de 693/694, que la Narbonense se hallaba *ab hominibus desolata* a causa de la *plaga inguinalis*; aunque también se mencionen la guerra y el bandidaje como causas de la despoblación de la provincia.

Con todo, es imprescindible recordar que la peste bubónica no suplantó ni desplazó a las viejas epidemias conocidas hasta la época de Justiniano, sino que se sumó a ellas, con lo que los efectos resultaron ser doblemente devastadoras desde un punto de vista demográfico.

El descenso de mano de obra campesina supuso un rudo golpe para una economía predominantemente agraria. Los *agri deserti* ampliaron su extensión, a despecho de la política de repoblación de tierras incultas mediante el asentamiento de tribus bárbaras, que llevaron a cabo varios emperadores, entre los que se cuentan Marco Aurelio y Constancio Cloro.

De todos modos, no hay que olvidar que el problema de los despoblados se hallaba vinculado principalmente a la transformación de las estructuras organizativas de la producción; y que es en este marco donde hay que calibrar el influjo de las epidemias como factor dinamizador de los cambios sociales y económicos.

La disminución del número de campesinos-contribuyentes generó problemas hacendísticos; primero en Roma, y más tarde en Bizancio y en los reinos germánicos. Justiniano intentaría resolverlos mediante la *adiectio*, redistribuyendo entre los propietarios sobrevivientes a la epidemia de 541/544 los *agri deserti* junto con las cargas fiscales que los gravaban, a fin de que el estado percibiese los mismos ingresos que antes del azote. El plan fracasó, pues el pequeño campesinado libre carecía de los medios para poner en explotación los despoblados, y el aumento de la presión fiscal acabó arrojando a muchos de aquellos labradores en los brazos de los grandes terratenientes¹¹⁰.

Curiosamente, en la Península Ibérica, durante los siglos VI al VIII, se advierte que tras cada golpe epidémico se incrementa la legislación que vincula a los

¹⁰⁸ BURN, A. R.: «Hic Breve Vivitur», *Past and Present*, IV, 1953, pp. 1-31.

¹⁰⁹ DOEHAERD, R.: *Occidente durante la alta Edad Media*, Barcelona, 1984, p. 64.

¹¹⁰ JONES, A. H. M.: *Op. cit.*, pp. 812-823; STEIN, E.: *Op. cit.*, I, p. 78; II, p. 760.

agricultores y sus descendientes a la tierra que trabajan¹¹¹, muestra de que la reducción de la mano de obra rural que causaba la peste favoreció el proceso de feudalización de las estructuras socio-económicas del reino de Toledo.

Sabemos, además, que, en el Imperio de Oriente, la contracción sensible del número de productores y consumidores, unida al descenso que experimentó la demanda durante la gran peste de los días de Justiniano, provocó la caída de los niveles de producción y un aumento general de los precios. Comerciantes y artesanos, amparándose en los privilegios que la política de monopolios del estado les había conferido, se hicieron pagar más caro su trabajo. Así, en marzo de 544, Justiniano se veía obligado a restablecer por decreto los precios vigentes con anterioridad a la plaga, y, al mismo tiempo, hubo de poner fin a los monopolios.

Los sistemas defensivos que protegían las fronteras políticas del Imperio de Oriente y de los reinos bárbaros, también se resintieron a causa de las epidemias. No sin razón, los bereberes entraron a saco en las provincias bizantinas del norte de Africa tras el golpe de 542/543; y los lombardos avanzaron por Italia a la vez que el hambre y varios tipos de pestilencias. Difícilmente hubieran podido oponer resistencia a los invasores, las diezmadas guarniciones del emperador de Constantinopla.

Por otro lado, el vacío demográfico creado por los sucesivos rebrotes en una misma región, favoreció la instalación definitiva de los recién llegados. De tal modo se explicaría la rápida esclavización de Grecia y de los Balcanes. La conquista musulmana se mueve en idénticos parámetros. Egipto cayó en manos de los árabes entre 639 y 641, mientras la peste assolaba las provincias orientales de Bizancio. El reino visigodo de Toledo corrió una suerte semejante. Los musulmanes se lanzaron al asalto un año después de que el último ciclo epidémico, que había causado víctimas durante tres años consecutivos, llegase a su fin.

No pretendemos retomar el viejo argumento demográfico para, así, dar cuenta de todas las transformaciones que se produjeron en la temprana Edad Media. Tales tesis fueron superadas hace mucho tiempo. Pero sí que creemos preciso integrar el estudio de las grandes epidemias como elemento en modo alguno ajeno a la totalidad de las realidades de la época, y del que no se debe prescindir, si se desea entender correctamente este período histórico.

¹¹¹ Algunos ejemplos aparecen en cánones conciliares; Cf. VIVES, J.: *Op. cit.*, pp. 132, 151-152, 214-217, 240; y otros en *LI*, IX, 1, 21; 2, 9; 1, 15.